

## LA MONEDA DE UNA OBRA DE SHAKESPEARE

Por Jorge Echeverri Herrera

“... aumentar los tesoros sin tregua...”—Salón.

### I

Shakespeare aparece, a los ojos de la generación contemporánea, como un dios de leyenda que habitara el empíreo de la sabiduría. El raro brillo de su cetro monárquico se proyecta en tal forma sobre todos los ámbitos de la vida y del alma, que al volver la mirada a la mansión del genio es forzoso advertir una pávida sensación de misterio y de deslumbramiento.

Sin embargo, el poeta de Stratford del Avon no es un mito irreal. Su jerarquía en el mundo de la inteligencia obedece, cabalmente, a la interpretación que supo dar a los versos de Terencio: “Soy hombre y nada de cuanto es humano me es extraño”. En efecto, quien se aventure a revivir los pasos, a descubrir las huellas materiales del autor de *Macbeth*, de *Julio César*, de *Hamlet* y de *Otelo*, encontrará, con Víctor Hugo, que “su vida estuvo plagada de amarguras”. Las primeras jornadas de trabajo debió cumplirlas Shakespeare, casi niño, en un matadero. Según recuerda Aubrey, a los quince años, con la camisa remangada, faenaba corderos y terneros, “con gran pompa”, en la carnicería de su padre.

El mundo subjetivo del poeta se forjó, pues, entre azarosas pesadillas. Y el marco de su época también era prosaico y engañoso. De allí que, en la “Historia de Inglaterra”, escrita por André Maurois, pueda leerse, entre otras cosas: “No hay que exagerar, sin duda, la poesía y la alegría de la Inglaterra isabeliana. La vida era dura para las masas tanto y más que hoy día. Se ve pasar en Shakespeare a las campesinas activas, de nariz roja, que en pleno invierno llevan un balde de leche helada y cuyas manos están agrietadas porque han lavado ropa grosera. Aunque el precio del trigo ha subido, a causa de la baja del valor del oro, la cesantía en los campos era dolorosa ya que hubo que dictar, a fines del reinado, dos grandes leyes sobre los pobres, en 1597 y en 1601”.

De donde se deduce que Guillermo Shakespeare pisó la raya magnética del genio tras un luengo debate con su trágico sino. En él se hace presente —de impresionante modo— la verdad y el sentido del pensamiento de don

José Ortega y Gasset: “En el choque energético con el fuera brota clara la voz del dentro como programa de conducta. Un programa que se realiza es un dentro que se hace un fuera”.

### II

No podía, en consecuencia, ser extraña a la obra del dramaturgo inglés la inquietud económica. Ella se advierte en “Coriolano”, como razón y síntesis del aliento revolucionario; ella inspira los consejos de Polonio a Laertes: “... procura no dar ni pedir prestado a nadie; porque el que presta suele perder a un tiempo el dinero y el amigo, y el que se acostumbra a pedir prestado falta al espíritu de economía y buen orden que nos es tan útil”.

Es, sin embargo, en “El Mercader de Venecia”, donde más ampliamente se pone de relieve el apetito financiero. Sin pretender ubicar a Shakespeare entre los videntes de la ciencia económica, puede decirse que en la comedia expresada el escritor logró dar entidad y movimiento a las relaciones sociales a través de la moneda; precisar el alcance de las operaciones crediticias, y descifrar, a plenitud, las distintas reacciones de los hombres ante el valor y símbolo de los signos de pago.

Shylock, por ejemplo, irrumpe en sus páginas como el prototipo del avaro. Para éste, el dinero nada representa como lazo de unión entre el presente y el futuro, como fuerza creadora de riqueza social. A él es preciso llegar, como a la banca moderna, en demanda de sus auxilios financieros; pero, al igual que ésta, Shylock siempre responde negativamente, a no ser que la prenda con que se trate de garantizar el crédito, supere considerablemente, por su valor intrínseco, la suma apetecida. “Para hacer un rico bastan cien pobres”, como dijera un conocido panfletista francés, y en tal sentencia cabe la febril ambición del personaje de Shakespeare. Su pretensión de fondo se resolvía en venganza, en “pesar del bien ajeno”, en ánimo de aprisionar entre sus eslabones monetarios a los cristianos ingenuos que solicitaran su concurso. De allí la razón del antiguo jefe del Estado italiano, Benito Mussolini, cuando afirmó que “los únicos, seculares y sempiternos especuladores de la guerra”, obraban a la manera de Shylock, “que exigía trozos de carne del cuerpo de su deudor”. Ese es, en efecto, el criterio de las plutocracias reinantes; y es, también, el de las finanzas privadas de todos los países.

Desde Aristóteles, que se sepa, se tiene establecido que la moneda no es sino un valor ficticio. “Entre montones de oro —decía el estagirita— pueden faltar los más indispensables alimentos. ¡Qué aberración llamar riqueza a una abundancia en cuyo seno se muere de hambre! La fábula de Midas nos le muestra lleno de dolor al ver transformarse en oro todos los manjares a que se aproxima”. Es claro que Aristóteles repudiaba la usura; y que en esto muchos padres de la cristiandad le han respaldado. Pero hace cerca de un siglo, Alfredo Marshall hizo el distinguo conceptual entre la usura y la tasa de interés. Esta última se justifica como compensación al sacrificio que el prestamista hace de otra inversión cualquiera en beneficio de su propio acreedor. En tanto dicho nivel sea un fruto mínimo de la suma prestada,

el interés se mueve dentro de un área jurídica y moral. Transgredidos sus límites, el interés se convierte en usura.

Este apetito de ganar demasiado era lo que caracterizaba a Shylock. Ignoraba el semita que al atrofiar la capacidad de compra y el incentivo para consumir, el regreso a sus arcas de un tipo de interés imperturbable se atomizaba simultáneamente. Entendía el ahorro como un sensual ejercicio de acumular monedas, sin parar mientes en que, en virtud de dicha práctica, el poder adquisitivo de las mismas se iba envileciendo. Cayó en la trágica situación descrita por el filósofo griego, ilusionado en el manantial incesante de sus propios tesoros. No intuyó que el ahorro es efectivo en cuanto se confunda y asocie con el concepto de inversión; que es estéril e inútil considerado exclusivamente en su entidad formal.

Muy diferente era la posición de Antonio frente a los problemas de la moneda. Fue el mercader de Venecia un precursor empírico del crédito personal. Para él lo importante era la honradez del prestatario y, de allí para adelante, poco o nada exigía como prenda. Tenía el sentido Keynesiano de respaldar la iniciativa ajena, en la presunción de que el beneficiario haría incidir el auxilio recibido sobre el trabajo útil y sobre la creación de riqueza. El contraste fundamental entre Shylock y el comerciante veneciano, se destaca en el rapto de Jessica, la hija del primero, por su amante; y en la pérdida de las embarcaciones del último. El judío lamenta la fuga de su hija, no tanto por su ausencia como por el valor de las alhajas y doblones que se llevó consigo. Antonio añora sus naves extraviadas por cuanto ellas garantizaban una deuda a su cargo y en provecho de su amigo Basanio. Es la diferencia entre el celo materialista y la concepción magnánima de la economía.

Antonio incorporó la palabra crédito a su acepción original: Crédere, confiar; y por eso cubría con sus haberes el déficit ajeno, para procurar la ocupación y el auge. Esto era lo que más irritaba a Shylock, porque para el judío, paradójicamente, el crédito es un símbolo de la desconfianza. De allí que, como vimos, el tipo de interés usual en esa raza sea en veces superior al volumen mismo que lo determina, y de allí también que el deudor del semita sienta mellado su propio patrimonio por una obligación cuantitativamente exigua.

Porcia, la heredera acaudalada, que acaba por casarse con Basanio después de luenga y mágica competencia entre varios pretendientes, también tiene un tacto aristócrata para conducir los negocios. Mira hacia adelante, y sabe instintivamente que nada vale la riqueza insular, si el horizonte revela melancólicas sombras de penuria. Con longanimidad se desprende de lo suyo para arrebatar de la muerte a un condenado. Simboliza y representa algo así como el ideal moderno de la seguridad y del dinero social, que irradia auxilios hacia todos los puntos cardinales a fin de que impere sobre ellos la salud, la alegría, la voluntad de lucha y el amor sin fronteras. Cumplidos por el Estado, nueva versión del corazón de Porcia, esos objetivos de solidaridad humana, es claro que la moneda se inventa otros caminos; la demanda se amplía; el incentivo para producir siente nueva presión y,

por lo tanto, los frentes de trabajo reclaman otros brazos y otras cabezas claras.

Es evidente que si los préstamos hechos a favor de Basanio —quien tenía, entre otras cosas, el sentido del riesgo en los negocios— no se hubiesen traducido en consecuencias equivalentes a las enunciadas, el atesoramiento negativo del audaz pretendiente, habría podido significarle la quiebra de sus ilusiones ante la heredera rica. Y, por lo demás, habría implicado una merma de circulante al mercado, condenando a la inanición un denso volumen del patrimonio social. Desmontando del pedestal de la fábula a los personajes de Shakespeare, puede decirse que ellos sugieren de nuevo el pensamiento asignado a Schopenhauer, según el cual el hambre y el amor han impulsado el vuelo de la historia. A primera vista, la tesis del filósofo germano da a entender que los dos conceptos se contraponen radicalmente. Instaurado el amor sobre el corazón humano, la voluntad, el carácter y la sangre le hacen guardia perenne para evitar el asedio de la desesperanza. Pero si irrumpe primero la miseria, el amor no aflorará a la vida con sus alas excelsas; no tocará con ellas el rostro del destino.

Basanio, en efecto, se comprometía en el déficit, con la seguridad de que el monto resultante de una nueva deuda podía proliferar tan positivamente, que el área de la antigua resultara cubierta de manera completa. A esas aventuras del gasto temerario se lanzaba, inspirado en el amor, en el ánimo de conquistar el corazón de Porcia. En el mundo de su sub-conciencia se paseaba Eros con el mágico carcaj. Tanto que por ello, seguramente, hablaba Basanio de la necesidad de disparar una segunda flecha, en la esperanza de encontrar tras su huella, la que hubo de extraviarse primero. Y así, en efecto, reclamaba de su primo Antonio: "...but if you please to shoot another arrow that self way which you did shoot the first, I do not doubt, as I will watch the aim, or to find both, or bring your latter hazard back again, and thankfully rest debtor for the first".

Cuando se lee en las obras contemporáneas sobre deuda pública, la tesis tan socorrida de Hansen y de Moulton en favor de la hacienda deficitaria, ocurre con frecuencia recordar el itinerario travieso y audaz del personaje shakespeariano. Pues aunque el universo de este último era eminentemente individualista, y el esquema financiero concebido por los tratadistas citados se dilata hacia horizontes sociales, hay mucho de común en una y otra concepción sobre el comportamiento económico.

La comedia de Shakespeare culmina con una elocuente condenación de la usura. En Venecia, la legislación tenía prohibido el enriquecimiento sin causa; y, gracias a esa norma, el tribunal de justicia obligó a Shylock a renunciar a todas sus ambiciones monetarias, vertiendo en favor de sus herederos y deudores —con capacidad efectiva de trabajo— las herramientas financieras pertenecientes antes al especulador. Los beneficiarios, en últimas, vieron triunfante su política de desprendimiento, gracias a la hábil incursión de Porcia por los predios jurídicos. Shylock acaba, pues, aceptando el gasto total como sistema, que se refleja luego en prosperidad y riqueza para sus descendientes y amigos, y en reajuste de un clima inveteradamente anárquico en el terreno social.

Una interpretación organizada de ese final de la obra se encuentra, expuesta en líneas brillantísimas, en el llamado "Libro Blanco" de la Inglaterra actual. En sus páginas puede leerse, entre otras cosas, "que el gobierno acepta como uno de sus principales fines y responsabilidades el mantenimiento de un alto y estable nivel de ocupación después de la guerra. Esto significa realizar una política de mantenimiento del gasto total".

El partido laborista inglés, por su parte, ha pretendido encauzar al hombre nuevo hacia objetivos ambiciosos y ciertos: ser o no ser, es el dilema de la criatura contemporánea, como lo fue en la época de Shakespeare. "No es lo importante, escribía Spengler, el estar bien nutrido, bien dispuesto y capaz de fecundación, como individuo o como pueblo, sino el para qué de esa buena disposición". Entre los Estados modernos, el único, tal vez, que sabe precisar la respuesta sobre el sentido de la vida humana, es el Estado británico. Allí ya no se pugna por mantener incólume el volumen del oro que deslumbrara al Príncipe de Marruecos; ni por exhibir presupuestos fabulosos a la luz de la técnica numérica: se trata de hacer la revolución al servicio del pueblo; de dignificar al hombre; de dotarlo de amor y de esperanza; de alta conciencia misional e histórica.

Esa enseñanza pródiga, comenzó a manar milagrosamente de muchos de los dramas y comedias de Shakespeare. El hombre, desde entonces, ha sabido que el dinero puede llegar a ser su esclavo algún día. Sólo que en nuestro tiempo cobra entidad dantesca la lucha entre la moneda y la sangre, sin poderse prever aún su término definitivo. Es paradójico y extraño que Inglaterra, tradicionalmente leal a la interpretación materialista de la economía, sea en esta época la abanderada de una política social, opuesta por entero al contenido de su criterio histórico. En cambio, los países aislados de su órbita, que han luchado a través de todos los tiempos por la defensa de la justicia y el derecho, caen ahora en la confusión y en la desesperanza.

Quizás la fórmula para recobrar el equilibrio perdido se encuentre, en gran medida, en William Shakespeare, quien, como lo sostuvo el viejo Hugo, quiso reflejar en sus obras la elemental y cósmica sabiduría cristiana. El reino del poeta pudo no haber sido de este mundo. Pero es la obligación de quienes nos movemos sobre su árida faz adolorida, ponernos en pie para seguir el camino revelado por el excelso mago de la cultura de occidente. El río tiene sed de sus aguas primitivas.

JORGE ECHEVERRI HERRERA

## BOLIVAR Y LA CARTA DE JAMAICA

Por Arturo Posada Forero

Es quizás un sueño irrealizable pretender efectuar, en unas escasas líneas, el comentario a la vasta y abrumadora obra político-literaria del Inmortal Genio de América, ya que ella comprende más o menos lo que vamos a enumerar en seguida: poco más de 14.000 epístolas, gran cantidad de proclamas y arengas, varias piezas de la más elevada elocuencia parlamentaria, numerosos discursos y el "Delirio sobre el Chimborazo".

En este artículo nos ocuparemos en uno de sus escritos pertenecientes al llamado "género epistolar": La "Carta de Jamaica", la cual, en unión de la carta dirigida al mejor de sus cantores, don José Joaquín Olmedo, constituye verdadera obra maestra, que es un aporte valioso e incomparable para el Derecho Internacional Americano y para el citado ramo de la literatura: la primera por la profunda visión profética que encierra, y la segunda por la formidable crítica hecha en ella que muestra al Libertador como profundo conocedor y experto manejador de la técnica literaria y del idioma.

Habiendo sido víctima el Libertador de la envidia, la traición, la ambición, la falta de hombría y lealtad de algunos de sus subalternos en la plaza militar de Cartagena a principios de 1815, "para no promover una guerra civil" entregó el mando de sus tropas a los ambiciosos. Dicha falta de lealtad, de patriotismo y de unidad en las filas patriotas le ocasionó una gran decepción, una profunda amargura, una pena enorme, una tristeza sin límites, un dolor inigualable y un terrible y cruel decaimiento en su grande alma, que quería a toda costa y por sobre todos los obstáculos la felicidad y libertad de la patria. Tal cúmulo de penas lo llevó a salir del suelo patrio, a través del Caribe azaroso, para ir al ostracismo. Partió a mediados de mayo; al poco tiempo llegó a Jamaica, radicóse en Kingston, ciudad en que supo sobrellevar con gran resignación una vida dura, misérrima y llena de amargura en medio de la infinita desolación que circundaba su alma. Pero sus enemigos, que no tuvieron compasión de su doloroso destierro, tampoco aplacaron su saña satánica contra él, que por un ludibrio del destino no tuvo derecho a vivir tranquilo ni en su retiro solitario. En efecto, ellos comprometieron a un hombre de color para que lo eliminase; mas quiso la Providencia que el intento criminal se frustrase, ya que el eliminado no fue el Libertador sino un general, amigo suyo.